



LLEVAMOS UNA BUENA NOTICIA EN EL CORAZÓN

El Evangelio de los domingos en las escuelas Franciscanas Ana Mogas

En nuestro camino de Cuaresma, el evangelio de hoy nos habla de conversión, de segundas oportunidades, y sobre todo de esa “mirada misericordiosa de nuestro Dios” a cada uno de nosotros, a toda la humanidad.

Descubramos en la parábola de la higuera la entrañable misericordia de ese Dios que se interesa realmente por nosotros, que se empeña en salvarnos, que cree desmedidamente en nuestras posibilidades,



aunque de momento sintamos que no estamos siendo fecundos...

Acoger este amor es lo que realmente cambiará nuestro corazón y hará fecunda nuestra vida.

3º Domingo de Cuaresma

Lucas 13, 1-9

El evangelio de hoy tiene dos partes; ambas nos ofrecen un **mensaje similar**, pero lo expresan con un lenguaje diferente. Jesús va camino de Jerusalén, en un viaje que es más teológico que geográfico. Aprovecha los acontecimientos y los signos para predicar y formar al grupo de discípulos.

La **catequesis de hoy** explica el sentido que tuvieron unos hechos históricos que habían impactado al pueblo y acaba poniendo el ejemplo sencillo de una higuera para que se comprendiera mejor el mensaje de Jesús.

En una ocasión, se presentaron algunos a contar a Jesús lo de los galileos cuya sangre vertió Pilato con la de los sacrificios que ofrecían. Jesús les contestó:

- ¿Pensáis que esos galileos eran más pecadores que los demás galileos, porque acabaron así? Os digo que no; y, si no os convertís, todos pereceréis lo mismo.

Conocemos este hecho a través del historiador judío Flavio Josefo. Pilato cometió muchas atrocidades que no recoge el evangelio. Mandó matar en Jerusalén a un grupo de galileos porque los consideró “revoltosos”. Añadió cierta dosis de crueldad mezclando la sangre de los ajusticiados con la de los sacrificios que se celebraban en el Templo. Es decir, dejó impuro todo y cometió un sacrilegio que hirió profundamente los sentimientos religiosos de los judíos.

A Jesús le interrogaron sobre cómo debía juzgarse ese hecho tan grave. Se consideraba que todo castigo o desgracia era fruto del pecado personal y familiar. ¿Fueron ajusticiados los pecadores? ¿Se salvaron de esa muerte violenta los justos, por el hecho de serlo?

Jesús responde con claridad y contundencia:

- “¡Os digo que no!” “¡Si no os convertís, pereceréis todos del mismo modo!”

Es una respuesta fuerte. Las causas de la violencia y de la injusticia se pueden combatir. Son responsabilidad nuestra. **Es necesario un proceso de conversión.** Y lo corrobora recordando otro hecho impactante de su tiempo:

Y aquellos dieciocho que murieron aplastados por la torre de Siloé, ¿pensáis que eran más culpables que los demás habitantes de Jerusalén? Os digo que no; y, si no os convertís, todos pereceréis de la misma manera.»

Aunque se hable de Siloé como piscina no debemos entender este término en el sentido que lo usamos ahora. Era un gran depósito (un pilón) que recogía el agua que llegaba desde la fuente Guijón, que estaba a las afueras de Jerusalén.

Para conducir el agua que abastecía a casi toda la ciudad se construyó un túnel que medía medio kilómetro de largo y se excavó en roca viva. Junto al depósito había una gran torre que se hundió tras una tormenta y mató a 18 personas. En excavaciones realizadas en el siglo XX se han encontrado los cimientos de esa torre.

¿Eran pecadores los que quedaron bajo los escombros? En la mentalidad popular sí lo eran. El libro de Job muestra claramente esa creencia. Pero Jesús interpreta el accidente de otro modo, y lo hace dando una respuesta rotunda:

- “¡No, os lo aseguro, pero si no os convertís, pereceréis todos del mismo modo!”.

Sus oyentes se podían creer justos, porque no habían sido masacrados por Pilato ni aplastados por la torre. Pero Jesús les mostró que el salvarse de esas dos desgracias **no le convirtió en justos ni les libró de vivir un proceso de conversión.**

Jesús quiso concretar aún más el mensaje a través de una parábola, como era su costumbre.

Y les dijo esta parábola: - «Un hombre tenía una higuera plantada en su viña, y fue a buscar fruto en ella, y no lo encontró. Dijo entonces al viñador:

- "Ya ves: tres años llevo viniendo a buscar fruto en esta higuera, y no lo encuentro. Córdala. ¿Para qué va a ocupar terreno en balde?"

Pero el viñador contestó:

- "Señor, déjala todavía este año; yo cavaré alrededor y le echaré estiércol, a ver si da fruto. Si no, la cortas".»

En tiempos de Jesús este árbol era muy valorado porque sus hojas anchas ofrecen sombra. Vivir bajo la sombra de una higuera o una parra era símbolo de bendición. Los higos eran muy apreciados no sólo como fruta de temporada, sino que al secarlos los podían utilizar durante meses como alimento para los viajes.

Pero, lo que es más importante en este texto, es que **la higuera representa a Israel**. La parábola nos muestra la actitud de un propietario al que no le interesa la higuera, sino que sea productiva y rentable. Con esa mentalidad, **si el árbol no da fruto no merece la pena que ocupe un espacio en la huerta**. No se podía desperdiciar su espacio ni perder el tiempo, año tras año, esperando su fruto. El problema era de la higuera.

Pero el viñador (**el hortelano**, diríamos hoy) **tiene una mirada llena de misericordia sobre este pobre árbol**. Si no da fruto hay que ayudarlo con abono a que lo de. Merece la pena intentarlo una vez más.

La perla preciosa de este relato no está en si dio fruto o no, sino en **la mirada misericordiosa sobre su falta de fecundidad**; el empeño por salvarla, el deseo del hortelano en ofrecerle otra oportunidad. Eso le supondría más trabajo, **pero cree en las posibilidades que hay en la savia y en las raíces de la higuera**.

Con ese ejemplo tan claro Jesús quería mostrar su empeño, su tozudez, por ofrecer su ayuda al pueblo, para que diera fruto. Hombres y mujeres estaban a tiempo de convertirse.

Para los **educadores**, y los padres, es importante que distingamos entre:

- a) No dar fruto
- b) No ver el fruto

En el ámbito de la educación los **frutos se dan a largo plazo ¡pero se dan!** ¡Cuántos testimonios de adultos nos muestra el cambio que se ha producido en ellos desde que eran niños, gracias a los educadores que tuvieron!

¿Qué semillas hemos recibido cada uno de nosotros desde que recordamos? El cariño, la educación, los buenos consejos, las llamadas de atención nos han convertido en árboles bien cuidados. Ahora nos toca cuidar el **abono** con el que alimentamos nuestro árbol.

Asegurarnos de que las **raíces se hundan en el Manantial**, para que la savia llegue bien hasta las ramas y demos frutos abundantes.

Y el **Viento del Espíritu** se encargará de llevar nuestras semillas al lugar del Reino más apropiado para que den fruto.

A veces un cambio de domicilio o del lugar en el que trabajamos es como un **injerto**: duro al comienzo, pero nos permite dar nuevos y mejores frutos. Nos permite dar y recibir más de lo que podamos imaginar.

Otras veces **la enfermedad es como una poda** que nos deja como los árboles en inviernos, pero luego brota con toda su fuerza la primavera.

El evangelio nos dice que se nos ha volcado en el seno una medida rebosante, y nos han enviado a sembrar esas semillas que hemos recibido. Si las guardamos se pudrirán, como el maná que se almacenaba. No nos toca cosechar.

No damos fruto cuando guardamos las semillas. Podemos decirnos: ¿para qué vamos a aconsejar a una persona si no nos ha hecho caso otras veces? ¿Para que esforzarnos si no ha merecido la pena?

No seamos creyentes bonsái: pequeñitos, decorativos, frágiles, sensibles a cualquier cambio, sino como los grandes árboles centenarios que resisten las inclemencias del tiempo y dan fruto año tras año.



Pistas para acoger la Palabra

1. Personalmente

- En este domingo, os incluimos una reflexión de la parábola de la higuera en el mismo comentario del evangelio. Os invitamos a quedarnos con ella.
- Si también os ayuda, paraos en el texto de la higuera, para descubrir y agradecer la mirada misericordiosa de Dios sobre cada uno de nosotros, por encima de lo que somos, de los frutos que estemos dando.
 - a. ¿Me siento así, querido, perdonado por Dios, o intento “ganarme” su amor?
 - b. Como educador, ¿tengo esta mirada misericordiosa sobre todos mis alumnos?
 - c. ¿Los enseño a mirar y amar así a todos, por encima de su “utilidad” o sus éxitos?

2. En la clase

En este enlace encontrarás actividades para contar y trabajar el pasaje del Evangelio en clase con tus alumnos.

3. En la familia

- ✚ Después de leer el texto y sus comentarios podemos dialogar sobre lo que más nos ha sorprendido, lo que no entendemos, lo que más nos ha gustado...
- ✚ Como madres y padres, somos los primeros educadores de nuestros hijos, en la familia están recibiendo las semillas que más tarde, a lo largo de toda su vida darán fruto
 - a. ¿Qué semillas estamos sembrando en nuestros hijos? ¿El cariño, la educación, los buenos consejos, las llamadas de atención, los mensajes de ánimo, los buenos ejemplos...?
 - b. ¿Cómo cuidamos el ambiente de casa, como alimentamos y abonamos estas semillas para que den fruto a pesar de las inclemencias que rodean la vida de nuestros hijos?
- ✚ ¿Tenemos sobre nuestros hijos la “mirada de misericordia” que tenía el hortelano? ¿Nos sentimos nosotros mirados así por Dios, nuestro padre y madre?
- ✚ Terminamos pidiendo al Espíritu de Dios que haga fructificar todas las semillas, para que den fruto abundante.